

CAPÍTULO III

LOS RECURSOS DE LA AGRICULTURA

El desarrollo de la agricultura.—El prejuicio del exceso de población.—¿Puede el suelo de la Gran Bretaña alimentar á sus habitantes?—Agricultura británica comparada con la francesa y la belga.—Horticultura: sus adelantos.—¿Es provechoso el cultivo del trigo en Inglaterra?—Agricultura americana: cultivo intensivo en los Estados.

La historia industrial y comercial del mundo, durante los últimos treinta años, ha sido la de la descentralización de la industria. No se trata de un mero cambio del centro de gravedad del comercio, como los que Europa ha presenciado en otro tiempo, cuando la hegemonía comercial emigró de Italia á España, á Holanda, y, finalmente, á la Gran Bretaña: tiene más profundo significado, pues excluye toda posibilidad de hegemonía comercial ó industrial. Lo ocurrido demuestra la aparición de condiciones nuevas, las cuales, á su vez, reclaman nuevas adaptaciones. Toda tentativa de reanimar el pasado sería estéril: las naciones civilizadas necesitan emprender otro camino.

Es indudable que se han de elevar muchas voces, clamando por que se mantenga á todo trance la primitiva supremacía de los iniciadores: éstos siempre acostumbran á decir lo mismo; se argüirá que los fundadores del

progreso deben alcanzar una superioridad tal de conocimientos técnicos y organización, que les permita sobreponerse á sus jóvenes competidores; y que, para conseguirlo, debe recurrirse á la fuerza si fuese necesario.

Pero la fuerza es recíproca; y si el dios de la guerra se pone siempre al lado de los batallones más nutridos, resultarán también los más fuertes los que combatan por nuevos derechos contra privilegios anticuados. Y en cuanto á la noble aspiración á una educación más técnica, no vacilamos en proclamar su conveniencia; ella será un gran bien para la humanidad; para todos, entendiéndose bien, no para una nación determinada; porque la inteligencia no puede cultivarse sólo para uso interno. La ilustración y los descubrimientos, la fuerza del pensamiento y lo emprendedor del carácter, las conquistas del genio y las mejoras en la organización social, son eminentemente internacionales, y ninguna clase de progreso—intelectual, industrial ó social—puede mantenerse encerrado dentro de las barreras políticas; él cruza los mares, perfora las montañas, y las estepas no bastan á contener su paso.

La ilustración y las facultades inventivas son ahora tan completamente internacionales, que si un simple suelto de periódico anunciase mañana que el problema de almacenar fuerza, de imprimir sin tinta, ó de navegación aérea había recibido una solución práctica en cualquier país del mundo, podemos tener la seguridad de que, en el transcurso de algunas semanas, el mismo problema sería resuelto, casi en la misma manera, por varios inventores de diferentes nacionalidades. Continuamente llega á nuestro conocimiento que el mismo descubrimiento científico ó invención técnica ha sido realizado con pocos días de intervalo en países muy apartados entre sí, como si hubiera una especie de at-

mósfera que favoreciese la germinación de una idea particular en un momento determinado. Y la verdad es que tal atmósfera existe: el vapor, la imprenta y el común caudal de conocimientos la han creado.

Los que sueñan con monopolizar el genio técnico están, por lo tanto, cincuenta años atrás de la hora presente. El mundo—el grande y ancho mundo—está en la actualidad bajo el verdadero dominio de la ciencia; y si cada nación manifiesta alguna aptitud determinada para el cultivo en una rama especial de conocimientos, se compensan mutuamente, y las ventajas que pudieran producirle aisladamente no podrían ser más que pasajeras.

La gran habilidad y destreza británicas en las artes mecánicas; la entereza americana para empresas gigantescas; el pensamiento sistemático francés y la pedagogía alemana, se están convirtiendo en aptitudes internacionales. Sir William Armstrong, en sus talleres de Italia y del Japón, comunica á los italianos y japoneses las aptitudes que habían sido amamantadas á orillas del Tyne, para manejar enormes masas de hierro; el bullicioso espíritu de empresa americano inunda el viejo mundo; el gusto francés por la armonía se hace gusto europeo, y la pedagogía alemana—y hasta mejorada, puede decirse—se encuentra aclimatada en Rusia. Así que, en lugar de pretender conservar la vida en los antiguos moldes, sería mejor el examinar qué clase de condiciones son las modernas, y qué deberes imponen á nuestra generación.

Los caracteres de las nuevas condiciones son sencillos, y sus consecuencias fáciles de comprender. A medida que las naciones manufactureras de la Europa occidental vayan encontrando dificultades siempre crecientes para poder vender el producto de su industria en

el exterior, y obtener, en cambio, substancias alimenticias, tendrán necesidad de confiar sólo en los consumidores nacionales para el sostenimiento de su industria, y en los productores de la misma índole para la adquisición del alimento; y mientras más pronto lo hagan así, tanto mejor para todos.

Dos grandes objeciones se presentan, sin embargo, tratando de cerrar el paso en el camino que conduce á la aceptación de tales conclusiones: se nos ha hecho creer, tanto por los economistas como por los políticos, que el territorio de los Estados de la Europa occidental están tan sobrecargados de habitantes, que no es posible que produzca todo el alimento y las primeras materias necesarias para el sostenimiento de unas poblaciones que se hallan siempre en constante crecimiento; de ahí, pues, la obligación de exportar manufacturas é importar los artículos de alimentación. Y se nos dice, además, que aunque fuera posible hacer producir á los países de que hablamos todo el alimento necesario para sus habitantes, no sería ventajoso el hacerlo, puesto que en el exterior podría adquirirse más barato. Tales son las enseñanzas actuales y las ideas más corrientes de la sociedad en general: y, sin embargo, nada más fácil que probar que ambas son totalmente erróneas; mucho alimento podría producirse en el suelo de esas naciones, y para más de su población actual, de lo que se derivaría un inmenso beneficio. Y de estos dos puntos voy á ocuparme á continuación.

Empecemos, pues, por el caso más desventajoso posible: ¿sería dable que el suelo de la Gran Bretaña, que al presente sólo proporciona alimento para una tercera parte de sus habitantes, pudiera producir toda la necesaria cantidad y variedad de alimento para 33.000.000 de seres humanos, cuando su extensión es sólo de 5.600.000

acres, comprendiéndolo todo,—bosques y rocas, marismas y tierras estériles, ciudades, ferrocarriles y el campo en general—de las cuales sólo 33.000.000 se consideran laborables? (1).

La opinión corriente es, que no es posible por ningún estilo; y esta idea está tan arraigada, que vemos hasta hombres de ciencia, quienes son generalmente cautos, al ocuparse de opiniones universalmente aceptadas, aprobarla, sin tomarse siquiera la molestia de someterla á comprobación: se acepta como un axioma. Y, sin embargo, tan pronto como intentamos encontrar algún argumento en su favor, descubrimos que se halla desprovista de fundamento, lo mismo respecto á los hechos, que á los juicios basados sobre verdades conocidas.

Tomemos, por ejemplo, las apreciaciones de J. B. Lawes respecto á las cosechas, que se publican todos los años en *The Times*: en la del año 1887 hace la observación de que, durante los ocho años de 1853-60, «cerca de las tres cuartas partes del trigo consumido en el Reino Unido había sido producido en el país, y sólo poco más de la cuarta parte era de origen extranjero»; pero veinticinco años después, los términos se hallaban invertidos, esto es, «durante los ocho años de 1879-86, poco más de una tercera parte había sido cosechada en el país, y cerca de dos terceras partes importadas.» Pero ni el aumento de población de 8.000.000, ni el del consumo de trigo, de seis décimos de fanega por cabeza,

(1) Veintitrés por ciento del área total de Inglaterra, 40 por 100 en Gales, y 75 por 100 en Escocia, se componen de bosques, monte bajo, sierras, zarzales, lagunas, etc.; el resto, esto es, 32.777.513 acres que se hallan dedicados al pastoreo, pueden considerarse como el área «cultivable» de la Gran Bretaña.

podían justificar tal cambio. En los años 1853-60, el suelo de la Gran Bretaña alimentó un habitante por cada dos acres de cultivo: ¿por qué se necesitaron tres en 1887? La contestación es sencilla: mera y simplemente, porque la agricultura había sido descuidada.

Es un hecho, que el área dedicada al trigo se había reducido desde 1853-60 en 1.590,000 acres cumplidos, y, por consiguiente, el término medio de la cosecha de 1863-86 fue inferior al de la de 1853-60 en más de 40.000.000 de fanegas; y sólo este déficit representa el alimento de más de 7.000.000 de habitantes. Al mismo tiempo el área destinada á la cebada, avena, judías y otros frutos de primavera, había sido también reducida en 560.000 acres más, que tomando el bajo tipo de apreciación de 30 fanegas por acre, representaría los cereales necesarios para completar la alimentación de esos 7.000.000 de personas. Pudiendo decirse que, si el Reino Unido importó cereales para 17.000.000 de habitantes en 1887, en vez de hacerlo para 10.000.000 como en 1860, fue simplemente porque más de 2.000.000 de acres se habían dejado de cultivar (1).

Estos hechos son bien conocidos; pero generalmente se pretende atenuarlos con la observación de que el carácter de la agricultura ha variado; que en vez del trigo,

(1) Término medio del área sembrada de trigo en 1853-60, 4.092.160; término medio de lo recolectado, 14.310.779 cahices; término medio de la misma en 1884-87, 2.509.055 acres; término medio de la cosecha (años buenos), 9.198.956 cahices. Véanse los *Rothamstead Experiments* del Profesor W. Feam (Londres, 1888, pág. 83). Me he servido para lo antes manifestado, de los cálculos de Sir John Lawes, de 5,63 fanegas por cabeza al año; lo cual se aproxima mucho al de 5,67 de los estadísticos franceses. Los rusos fijan el tipo de 5,67 fanegas también de frutos invernales (principalmente centeno), y 2,5 de los de primavera (cebada, etc.)

se le había dado la preferencia á la producción de carne y leche. Sin embargo, los datos de 1887, comparados con los de 1860, muestran que el mismo movimiento de descenso se efectuó en lo referente á las hortalizas y verduras. El área destinada á las patatas fue reducida en 280.000 acres; el de los nabos, en 180.000; y aunque hubo aumento en el de las zanahorias, etc., el total del área dedicada á todos estos productos se vió reducida en 330.000 más. Sólo se halló un aumento en el pasto permanente (2.8000.000 acres) y prados artificiales (1.600.000); pero sería en vano que buscásemos un aumento correspondiente en las cabezas de ganado, pues el que se efectuó durante esos veintisiete años no fue suficiente para cubrir ni aun el área designada á los terrenos improductivos (1).

Desde el año 1887, el asunto fue de mal en peor. Si consideramos sólo á la Gran Bretaña, veremos que en 1885 el área sembrada de toda clase de granos fue de 8.392,006 acres; lo cual, en verdad, es muy poco, comparado con el área que hubiera podido cultivarse; y aun ese poco fue reducido más aún, hasta quedar en 7.400.227 acres en 1895. El área ocupada por el trigo fue de 2.478.318 acres en 1885, contra 3.630.300 en 1874; reduciéndose todavía más, hasta llegar á 1.417.641

(2) Hubo un aumento de 1.800.000 cabezas de ganado vacuno, y una disminución de $4\frac{1}{4}$ millón de carneros ($6\frac{2}{3}$ millones, si comparamos el año de 1886 con el de 1868), que correspondería á un aumento de $1\frac{1}{4}$ millón de unidades de reses, porque ocho carneros se consideran como equivalentes á una res. Pero, siendo de cinco millones de acres la cantidad de terrenos considerados como improductivos desde 1860, el aumento anterior apenas serviría para cubrir ese área; así que, los $2\frac{1}{4}$ millones de acres que habían dejado de cultivarse, dejaron de ser utilizados, siendo una pérdida para la nación.

en 1895, mientras que el área de los otros cereales sólo aumentó muy poco—de 5.198,026 á 5.462.184—siendo la pérdida total, incluyendo todos los cereales, de cerca de ¡1.000.000 de acres en diez años! Así, pues, 5.000.000 de personas más, se veían obligadas á proporcionarse el alimento del exterior.

¿Aumentó durante esos diez años el área destinada á las hortalizas y verduras? No, por cierto. Fue, por el contrario, reducida en cerca de 300.000 acres (3.521.602 en 1885, y 3.225.762 en 1895). ¿O acaso la de los prados artificiales aumentó en proporción á todas estas reducciones? Tampoco. Permaneció casi estacionaria (4.654.173 acres en 1885, y 4.729.801 en 1895). Por último, tomando el conjunto de todo el terreno roturado (17.201.490 acres en 1885 y 16.166.950 en 1895), vemos que, en los últimos diez años, otro millón de acres dejó de cultivarse, sin compensación de ninguna clase, yendo á engrosar la ya enorme área de más de 16 millones de acres—*la mitad del área cultivable*—comprendida bajo la denominación de «dehesas», en general, y de las cuales ¡apenas bastan tres acres para alimentar á una sola vaca de leche!

¿Necesitaré agregar después de eso, que, completamente en oposición á lo que se nos viene diciendo, respecto á convertirse el agricultor británico en «ganadero» en vez de «labrador», ningún aumento en la cantidad del ganado ha habido en los últimos diez años? ¿Y dónde había éste de encontrar el alimento? Lejos de dedicar la tierra libre de cereales á «hacer carne», la ganadería experimentó una nueva reducción. Tenía 6.597.964 cabezas de ganado vacuno en 1885 y sólo 6.354.336 en 1895; 26.534.500 carneros en 1885, y en 1895 25.792.200. Es verdad que el número de caballos había aumentado; todos los carniceros y tenderos tienen

ahora uno «para ir á recibir órdenes á las casas de los parroquianos» (en Suecia y Suiza, dicho sea de paso, lo hacen por teléfono), y en su consecuencia, la Gran Bretaña tiene 1.545.228 caballos, en vez de 1.408.788 que tenía en 1885. Pero estos animales son importados, así como la avena y una gran parte del heno necesario para su alimentación.

Y si el consumo de carne ha aumentado realmente en este país, eso es debido á la baratura de la importada, y no á la que se hubiera producido en la nación (1). En suma, la agricultura no había cambiado de dirección, como se nos ha dicho con frecuencia; lo que verdaderamente ha hecho es descender en todas. Las tierras se van dejando de cultivar con una rapidez peligrosa, mientras que los últimos adelantos en horticultura, cultivo de frutales y cría de gallináceas, son muy poca cosa, si lo comparamos con lo hecho en la misma dirección en Francia, Bélgica y América.

La causa de este movimiento general de declinación es bien clara: es la deserción, el abandono del terruño; todo cultivo que ha necesitado la ayuda del bracero, ha visto su área reducida, y una tercera parte de los campesinos han sido, desde 1861, enviados á las ciudades á reforzar las filas de los parados (2); así que, en vez de hallarse exageradamente poblados los campos de este país, se *mueren por falta de brazos*, como James Cair solía decir. La nación británica no cultiva su suelo; se lo impiden; ¡y los llamados economistas se quejan de que ésta no pueda mantener á sus habitantes!

(1) No bajó de 5.577.000 q. m. de vaca y carnero, 1.065.470 corderos y corderos, y 415.565 reses lo importado en 1895.

(2) Trabajadores del campo en Inglaterra y Gales: 2.100.000 en 1861; 1.383.000 en 1884; 1.311.720 en 1891.

Una vez tomé un morral á la espalda y salí á pie de Londres, internándome en el país. Había leído la obra de Leonce de Lavergne, y esperaba encontrar el terreno muy densamente cultivado; pero ni en los alrededores de Londres, ni menos aún al Sur, encontré gente en el campo: en algunas partes pude recorrer 35 kilómetros sin atravesar más que monte bajo ó bosques, arrendados para servir de coto de faisanes, «á caballeros londinenses», como decían los trabajadores. «Tierra ingrata», fue mi primera idea; pero después pasé casualmente por algunas granjas, en el cruce del camino, y pude ver que el mismo suelo presentaba una buena cosecha; y mi segundo pensamiento fue: *«tel seigneur, telle terre»*, como dicen los campesinos franceses. Más adelante, ví los ricos campos de los Condados centrales; pero ni aun allí encontré el movimiento y la vida que estaba acostumbrado á admirar en los campos belgas y franceses; sin embargo, mi asombro cesó al saber que sólo 1.383.000 personas trabajan en los campos en Inglaterra y Gales, en tanto que, más de 16.000.000 pertenecen á la clase «profesional, deméstica, indefinida é improductiva», como dicen estos estadísticos sin entrañas. Un millón trescientos mil seres humanos no pueden cultivar ventajosamente un área de 33.000.000, á menos de no acudir al método empleado en América para el cultivo en grande.

Volviendo, pues, á mi excursión, diré que, tomando á Harrow como su centro, podía dirigirme en todas direcciones sin hallar nada á Oriente ú Occidente, más que praderas que apenas daban dos toneladas de heno por acre, escasamente lo bastante para mantener una vaca de leche en cada dos acres: el hombre brilla por su ausencia en estos prados; en primavera les pasa un pesado rodillo, y los abona cada dos ó tres años, desapareciendo después hasta la época de segar el heno. Y eso,

á. 10 millas de Charing Cross, próximo á una ciudad de 5.000.000 de habitantes, provista de patatas de Jersey y de Flandes, ensaladas francesas y manzadas del Canadá. En manos de los horticultores parisienses, cada mil acres situados á igual distancia de la capital, serían cultivados por lo menos por 2.000 personas, que obtendrían de ellas verduras por valor de 1.250 á 75.000 francos por acre; aquí, sin embargo, el terreno, que sólo necesita el concurso del trabajo humano para convertirse en fuente inagotable de doradas cosechas, permanece inactivo, y se nos dice á cada paso: «¡Arcilla dura!», ignorando que en las manos del hombre no hay terrenos improductivos; que los más fértiles no se encuentran en las praderas americanas ó en las estepas rusas, sino en los eriales de Irlanda, en las dunas de arena de la costa Norte de Francia, y en las escabrosas montañas del Rhin, donde el hombre los ha hecho con sus manos.

Y lo más notable de esto es que en algunas partes indudablemente fértiles del país, las cosas se hallan en peores condiciones aún: sentí una impresión penosa al ver el estado de la agricultura en el Sur del condado de Devon y al saber lo que «pasto permanente» significa. Campo tras campo están cubiertos sólo de yerba de tres pulgadas de alto y cardos silvestres en profusión: veinte, treinta campos semejantes pueden verse al primer golpe de vista desde lo alto de cada cerro, y miles de acres están en el mismo estado, á pesar de que los abuelos de la generación presente dedicaron una formidable cantidad de trabajo á limpiar esas tierras de piedras, cercarlas, desaguarlas ligeramente y hacerles otras mejoras por el estilo; en todas direcciones se encontraban granjas y arboledas amenazadas de ruina. Una población entera ha desaparecido, y hasta sus últimos vestigios lo harán también si las cosas continúan en el mismo estado: y esto

ocurre en una parte del país, dotada de un suelo fertilísimo y de un clima que indudablemente es más benigno que el de Jersey en primavera y en los comienzos del verano; tierra de la cual, hasta los más pobres labradores, algunas veces arrancan patatas tempranas en la primera quincena de Mayo.

¿Pero cómo ha de poder cultivarse esa tierra, no habiendo quien la labre? «Tenemos campos; los hombres pasan por ellos, pero no entran», me dijo un viejo trabajador; y así es, en realidad (1).

* * *

Se dirá, por supuesto, que la anterior opinión forma extraño contraste con la reconocida superioridad de la agricultura británica. ¿Por ventura, no sabemos que las cosechas británicas dan, por término medio, 28 fanegas de trigo por acre, mientras que en Francia sólo llegan á 17? ¿No se encuentra en todos los almanaques que la Gran Bretaña obtiene anualmente 4.500.000.000 de francos de su producción animal, leche, queso, carne y lana de sus campos? Todo eso es verdad, y es indudable que, en muchos conceptos, la agricultura británica es superior á la de muchas naciones: en cuanto á obtener la mayor cantidad de productos con la menor cantidad de trabajo posible, la Gran Bretaña indudablemente ocupaba el primer lugar hasta que fue vencida por América;

(1) En los alrededores de la casita donde pasé dos veranos había una granja de 370 acres, con cuatro hombres y dos muchachos; otra como de 300, con dos y dos; una tercera de 800, sólo con cinco de los primeros y probablemente igual número de los segundos. En una palabra: el problema de cultivar la tierra con el menor número de brazos posible, se había resuelto allí dejando sin labrar las dos terceras partes.